

Marilynne Robinson Cuando era niña me gustaba leer



MARILYNNE ROBINSON

Cuando era niña
me gustaba leer

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2017

© Marilynne Robinson, 2017
© de la traducción: Vicente Campos, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 22292-2017
ISBN: 978-84-17088-25-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Prefacio	9
Libertad de pensamiento	17
Imaginación y comunidad	31
La Austeridad como ideología	45
Cuando era niña	67
El espíritu humano y la buena sociedad	77
Cosmología	97
Humanismo	115
Reforma	127
Decadencia	139
Valor	153
Metafísica	167
Notas	185

Prefacio

En 1870, Walt Whitman decía: «Si de alguna manera América llegara a sumirse en el caos y la ruina, será a causa de sí misma y no de factores externos; convencido estoy de que una coalición mundial no podría doblegarnos, pero mucho me alarman estos partidos políticos brutales y lobunos. Sin acatar más ley que la que les dicta su propia voluntad, cada vez más combativos y menos tolerantes, desprecian abiertamente la idea de masa y el concepto de fraternidad, así como la perfecta igualdad de los Estados y el alcance ilimitado de las ideas americanas; de forma que a vosotros compete no comprometeros con partido alguno, ni someteros ciegamente a sus dictadores, sino más bien manteneros firmemente por encima de todos ellos, jueces y dueños únicos de vosotros mismos». Y añadía: «Se ha puesto de moda entre los diletantes y los presuntuosos (y acaso ni siquiera yo estaría libre de culpa) despoticar contra todos los aspectos de la política activa de América, negándole toda posibilidad de redención, y aconsejando mantenerse apartado de ella. Cuidaos de no incurrir en ese error. América, tal vez lo esté haciendo muy bien, pese a las tonterías de sus partidos y sus dirigentes, de esos candidatos de poco seso, de las muchas votaciones ignorantes, de los muchos electos incapaces y charlatanes». Esos fragmentos proceden del largo ensayo de Whitman *Perspectivas democráticas*,* un himno de alabanza a América, y a la Democracia, palabras que para él eran intercambiables.

Cierto es que el periodo inmediatamente posterior a la Guerra de Secesión fue un bache en la historia política americana. Pero también lo es que el país logró salir adelante, relativamente bien parado según

* El ensayo, traducido por J. Pardo y C. Zotti, puede leerse íntegro en edición relativamente reciente de Capitán Swing, Madrid, 2013. Salvo que se indique otra cosa, las traducciones de este volumen son directas del original de la autora. (N. del T.)

los cánones de esos casos. Resulta tranquilizador no olvidarlo, dado que ahora vivimos en un entorno político caracterizado por la deprecación brutal y saturado de charlatanería. Tenemos moralistas pasivos, que creen que han demostrado su elegancia moral al declarar que la empresa entera está en bancarrota, y tenemos también beatos activos, que en el fondo coinciden con los primeros, con la única salvedad de que ven alguna esperanza en una liquidación apresuradamente organizada de los valores culturales.

Whitman tenía fe en que un gran espíritu dominante de la Democracia controlaría, o limitaría, las deficiencias más graves de la civilización. Bien puede haber sido ese ideal el que evitó que perdiéramos el rumbo y nos permitió encontrar al final nuestro camino de vuelta a una vida nacional mejor y más próspera, entonces y en todos los demás periodos de nuestra historia en que la política parecía incorregible, incapaz de redención. Whitman dice que la Democracia «es una gran palabra, cuya historia, supongo, sigue sin haber sido escrita, porque esa historia todavía está por realizarse». Para él es como la palabra «Naturaleza» en tanto que su historia, y por tanto su definición, sigue siendo parcial y provisional, aunque se hayan añadido algunas frases y párrafos valiosos de vez en cuando.

¿Y si hemos dejado de aspirar a la Democracia, o incluso a la democracia? ¿Y si las palabras «Democracia» y «América» se han desvinculado y ya no se implican mutuamente? Ahora no es raro oír que hemos perdido nuestros valores, que hemos perdido el rumbo. En la desesperación del momento, justificadamente o no, algunos de nosotros se han vuelto contra nuestro legado, contra el país que ha emergido tras generaciones de atención a la educación pública, a la salud pública, a la seguridad pública, de ampliación del derecho de voto, de igualdad ante la ley. Resulta, según su opinión, que el país que llaman el más grande de la tierra se ha pasado la mayor parte de su historia combatiendo su propia (gran) naturaleza esencial, y que las mejoras en la vida que ha aportado a la generalidad de su pueblo, o, por expresarlo más democráticamente, que el pueblo se ha dado a sí mismo, han convertido a sus ciudadanos en personas débiles y dependientes. El cómo sea posible que la nación más grande de la tierra mantenga esa eminente posición mientras soporta la carga de una población que no gusta a estos patriotas, una población a la que ni siquiera respetan, es una pregunta interesante, sin duda. En cualquier caso, para ellos, la vuelta a los valores tradicionales, junto con una severidad vivificante y punitiva con

los más vulnerables entre nosotros, parece significar el establecimiento de una especie de monocultura religiosa que nunca hemos tenido y que nuestras instituciones nunca han promovido.

En la Maryland del siglo XVII, la ley prohibía el uso de las palabras «papista» (católico) y «*round-head*» (puritano), combatiendo palabras del Viejo Mundo cuyas repercusiones quedaron atenuadas aquí mediante métodos que todavía nos resultan familiares. Aprendimos pronto a vivir con la diversidad, al menos para los estándares de la época. Sirva aquí recordar que la terrible Guerra de los Treinta Años (1618-1648) se libró entre cristianos europeos durante las primeras décadas de la colonización de América, y que Nueva Inglaterra fue mayoritariamente poblada por refugiados protestantes británicos, que huían de la represión religiosa y la guerra en la Gran Bretaña protestante. Lo que podría parecer homogeneidad en una nostálgica mirada retrospectiva fue vivido y tomado como una diferencia intolerable que justificaba las atrocidades en las culturas originarias. Nuestros antepasados nacionales consiguieron, para los estándares predominantes en su época, no alentar la reproducción de los mismos conflictos aquí. Ahora, en ciertos sectores, se considera antiamericano negarse a participar en las amargas emociones que suelen acompañar al énfasis en la diferencia religiosa. Éste es un ejemplo de crucial importancia de cómo los autoproclamados patriotas atacan la esencia misma de nuestro legado.

Hemos vivido malos tiempos, y viviremos más, como cualquier comunidad humana. La cuestión radica siempre en si América, en suma, sale adelante, si la civilización en cualquier momento dado es lo bastante fuerte y resistente para sostenerse pese a las crisis del momento, o de la década, o de la generación, y pese a la inclinación a la mezquindad y el desvarío siempre presente en todas partes, pero parece más difícil de capear durante periodos de crisis.

¿En qué se ha basado la duradera prosperidad que hasta ahora ha dado lugar a la estabilidad y el dinamismo del país? Siempre conviene especificar, aunque debería darse por sentado, que una afirmación como ésta implica una comparación con un referente humano, no con la Utopía. En tanto sociedad, hemos disfrutado del tipo de prosperidad y progreso que sólo es posible donde existe paz doméstica. Y eso lo hemos logrado a la vez que hemos creado una población cuyos orígenes son cada vez más diversos. La patraña que asocia «heterogeneidad» con conflicto e inestabilidad tendría que reexaminarse a la luz de

la comparación entre América y países que afirman ser homogéneos o se empeñan en serlo. La historia moderna de Europa viene muy al caso a este respecto.

Podemos considerarnos afortunados porque nos resulte imposible dar una definición de América que sea exhaustiva o definitiva, no sólo por nuestra población siempre cambiante y en continuo proceso de transformación, sino también, como afirma Whitman, porque nunca hemos consumado plenamente la democracia. Es una perspectiva muy razonable para plantearse un legado fruto de la mezcla, sobrado de defectos y errores, y, por tanto, al que a menudo se califica de hipócrita o fracasado, incluso por aquellos que se consideran sus defensores. A la luz de Whitman, este proceso de descubrimiento, con todos sus contratiempos, supone un fragmento espléndido, metafísicamente brillante de la historia humana. Lo impulsa la fuerza del imperativo religioso porque honra y libera a la persona humana sagrada. Dice Whitman:

Aparece en las horas de mayor cordura, una conciencia, un pensamiento que se alza, independiente, separado de todo lo demás, sosegado, como las estrellas de eterno brillo. Éste es el pensamiento de la identidad: vuestro para vosotros, seáis quienes fuereis; mío para mí. Milagro de milagros, inefable, el más espiritual y más vago de los sueños terrenales, pero a la vez el más sólido de los hechos básicos, y único acceso a todos los hechos. En esas horas de devoción, en medio de las significativas maravillas del cielo y de la tierra (que sólo son significativas por tener al Yo en su centro), los credos y las convenciones caen, y ya no cuentan ante esta simple idea. Bajo la luminosidad de la visión real, ella sola toma posesión, adquiere valor.

Un lenguaje como el anterior deja bien claro lo mucho que ha cambiado nuestro vocabulario a lo largo de las generaciones. Lejos del sentido de unicidad radical que Whitman evoca aquí, la identidad parece implicar ahora formar parte de un grupo, siguiendo criterios de etnia, de afinidad, de religión, o de lo que sea. En lugar de reconocer el milagroso privilegio de la existencia como ser consciente (y, teniendo en cuenta las abrumadoras probabilidades contra la existencia de cualquiera, el adjetivo «milagroso» es un superlativo pertinente), ahora hace referencia a saber qué lugar le corresponde a cada uno, cuál es su sitio, cultural e históricamente hablando. Y eso se cree que es bueno. Al propio Whitman se le ha acusado de egoísmo insaciable por reflexionar y celebrar la centralidad del perceptor, ese «más sólido de los

hechos básicos». Parece lógico llegar a la conclusión de que algunos de sus críticos no tienen mucha idea de física ni de metafísica. En otras palabras, al cambiar, nuestro vocabulario no siempre ha avanzado.

Whitman era cuáquero y escribía como tal: «Yo digo que la real y permanente grandeza de estos estados debe ser su religión, / de otra manera no hay real y permanente grandeza, / (ni carácter ni vida dignos de tal nombre fuera de la religión...)». Los versos son un fragmento de *Hojas de hierba*, como los siguientes: «Todo se aparta para el progreso de las almas, / toda religión, todas las cosas sólidas, las artes, los gobiernos, todo que fue o es / visible sobre este globo o cualquier otro, / cae en nichos y rincones / ante el desfile de las almas a lo largo / de los grandiosos caminos del universo». La visión del alma, de todas las almas, concretándose en el curso de transformar todo lo que la, lo que las, ha limitado se manifiesta en muchos escritores de la época, entre los que destacan Emerson, Melville y Dickinson, y en autores posteriores como Henry James y Wallace Stevens. Para todos ellos, los credos se disipan y la conciencia adquiere carácter de revelación. Identificar el misterio sagrado con cada experiencia individual, con cada vida, dando a la palabra el más amplio de los sentidos, es llegar a la democracia como un ideal y aceptar la difícil obligación de honrar a otros y a uno mismo con algo que se aproxima a la debida reverencia. Es una visión plenamente religiosa, aunque de ningún modo sectaria, plenamente realista al reconocer la gran verdad de la centralidad de la conciencia humana, plenamente abierta en tanto cuenta con –y da la bienvenida a– la alteración de los valores actuales en el curso de la búsqueda de otros más auténticos. Y es tan completa y probadamente la antigua religión americana como cualquier tradición exclusivista y retrógrada, por más que nuestras mal informadas nostalgias eleven lo que se denomina fundamentalismo a ese lugar, con la consecuencia de que aquellos que no suscriben la versión fundamentalista de la religión desprecian el pasado mientras que quienes la aceptan desdeñan el presente.

Me he pasado la mayor parte de la vida estudiando historia y literatura americanas. He estudiado otras historias y literaturas en buena medida para ampliar mi perspectiva sobre esta civilización. La magnanimidad de sus leyes e instituciones más admirables, así como su poesía y filosofía más delicadas, me conmueven muy profundamente. Sé

que sus gentes llevan a cabo incontables actos de generosidad, moral tanto como material, a toda hora. Pero el lenguaje de la vida pública ha perdido el rasgo de generosidad, y la amplitud de espíritu que ha creado y sostenido nuestras mejores instituciones y reformado las peores ha sido eliminado de nuestra memoria histórica. En ambos bandos, se afirma que la única fuerza motriz de nuestro pasado ha sido el capitalismo. En ambos bandos, el capitalismo se considera un materialismo rapaz que, de una forma u otra, ha producido las comodidades y libertades de la vida moderna. El capitalismo así entendido es visto desde un bando como algo providencial, cuyos efectos son tan espléndidos que reducen las Escrituras con su «tratad a los demás como queráis que os traten» a un cliché. El otro bando lo ve como más o menos corrupto y despreciable, pero en cualquier caso invencible para las capacidades humanas.

Y nadie da una definición del mismo. Pero en estos tiempos, cuando su dominio está garantizado por casi todos los que se ocupan de tales asuntos, nuestro gran sistema educativo público está siendo privado de fondos y abandonado, y nuestras prisiones se han deteriorado a niveles que nos deshonran. La situación económica del momento y de las últimas décadas ejerce una influencia corrosiva, socavando cuanto toca, desde nuestra potencia industrial a nuestra capacidad de investigación, pasando por el bienestar de nuestros hijos. No soy la primera en señalar que también está deslegitimando nuestra política.

¿Y si las buenas instituciones fueran, en realidad, el fruto de buenas intenciones? ¿Y si el cinismo que se toma por rigor y la codicia que se toma por realismo nos están haciendo olvidar los orígenes de la grandeza que nos atribuimos, siendo el poder y la riqueza consecuencias secundarias del progreso de la libertad o, como preferiría Whitman, de la Democracia? Al fin y al cabo, todo nació a la par. La atmósfera está saturada con «el pueblo», un término que pretende conferir autoridad a las reclamaciones y quejas de aquellos que lo usan. Es dudoso que se invoque con frecuencia de buena fe, pero lo cierto es que el que se recurra a él con tanta insistencia significa que todavía seguimos siendo lo bastante buenos demócratas para creer que, en última instancia, la autoridad y la razón residen y deben residir en el pueblo. Así, el viejo impulso que subyace en la divulgación de la información y la generalización de la enseñanza, la voluntad de garantizar que los ciudadanos estarán capacitados para tomar las decisiones más graves y para adecuar la sociedad al mejor sentido de lo posible, debería ser tan poderoso

so como lo ha sido siempre, por no decir más aún, dada la fragilidad del mundo contemporáneo. Pero en lugar de eso tenemos un periodismo indolente y mal financiado, y una reducción de los recursos destinados a nuestras universidades, bibliotecas y escuelas. La liberación del individuo humano como un valor social requería optimismo, que también la justificaba sobradamente. Esta lealtad a la democracia es el valor americano que, me temo, corremos grave peligro de perder.

Libertad de pensamiento

A lo largo de los años que llevo escribiendo y enseñando, he procurado sortear los impedimentos que percibía, las limitaciones al alcance de la exploración que podía emprender, al tipo de intuición que me resultaba aceptable. Poco a poco me di cuenta de que mi propia religión, y la religión en general, podía y debía salvar esos impedimentos, lo que equivale a una breve y concisa definición de lo que son los seres humanos y de cómo ha de entenderse la vida humana. A menudo he deseado que mis estudiantes encontraran los estándares religiosos presentes en la cultura que expresaran un verdadero amor por la vida humana y los animaran también a librarse de esos impedimentos. Para los instruidos, unas teorías enmohecidas que aprendimos en la universidad, memorizamos para el examen y no volvimos a cuestionárnoslas conscientemente, ejercen una autoridad que nos avergonzaría a poco que lo pensáramos. Yo me formé en un centro de psicología conductista y pasé cierto tiempo agobiando ratas. En mi último curso había un experimento de aprendizaje en un laberinto, y por lo que recuerdo, la rata que era mi colega no colaboró mucho, o tal vea fuera simplemente inepta en su papel de rata, o se había hartado de aquello, así que no me acuerdo de cómo pude aprobar. Estoy segura de que la coacción no tuvo nada que ver, dado que aquel roedor y yo evitábamos todo contacto. Por descontado, el soborno era básico en el experimento y no suponía ningún demérito para ninguna de las dos, aunque, debo reconocerlo, la mía era una Eliot Ness de las ratas por su resistencia a los atractivos de, pongamos, los cereales Cheerios. Seguramente tendría que haber intentado subir la apuesta. La idea era, en cualquier caso, que la conducta estaba condicionada por la recompensa o su ausencia y que se podían realizar las extrapolaciones con sentido de la demostración directa del egoísmo ratonil que prometían los manuales a la ciertamente más compleja cuestión de la motivación humana. Con posterioridad he leído que una rata hembra se siente

tan gratificada al tener una cría bajando por el conducto de recompensa que hará lo que se le pida hasta haber llenado su jaula de crías. A mí me da la impresión de que eso complica considerablemente la definición de egoísmo, pero la complejidad no era una de las preocupaciones del conductismo de mi juventud, una disciplina reduccionista en todos los sentidos de la palabra.

No fue todo conductismo. También reflexionamos sobre el argumento de Freud de que las personas primordiales, varones, interiorizaban al padre como superego comiéndose, de hecho, al pobre hombre. Desde entonces todos nos hemos sentido mal, bueno, al menos, los varones entre nosotros. Allá donde hay complejidad humana, hay civilización. Ese examen me salió mejor. La trama era pegadiza.

La situación del estudiante universitario raramente alienta la duda sistemática. Lo que Freud pensaba era importante porque era Freud el que lo pensaba, y otro tanto podía decirse de B. F. Skinner y de quienquiera que el plan de estudios resaltara para que los admiráramos. Debe de haber alguna razón para ello, aunque sólo sea el que hayan abierto un resquicio en la puerta que daba a una mayor comprensión del mundo. Eso pensaba por entonces. Y también creía que era una luz muy lóbrega la que se filtraba por esa puerta, así que cargué con mi porción de la supuestamente inevitable penumbra que conllevaba ser moderno. En clase de inglés estudiamos un poema de Robert Frost, «The Oven Bird». El poema se pregunta «qué hacer de algo empequeñecido». Lo mermado, explicó el profesor, era la experiencia humana en el mundo moderno. Ay, Dios. La estética moderna. Debemos aprender de este poema «al cantar no cantar». La estudiante que era yo pensaba «pero ¿y si quiero cantar?». Y entonces nuestro profesor de filosofía nos puso como lectura *Doctrine of the Original Sin Defended*, de Jonathan Edwards, en el que éste defiende «la constitución arbitraria del universo», ilustrando el argumento con una espléndida nota al pie sobre la luz de luna que ya entonces empezó a disipar el denso y triste determinismo que estaba aprendiendo por todas partes. Por improbable que les parezca a todos aquellos que no hayan leído la nota.*

* La extensa nota, del capítulo III de la Parte Cuatro de la obra citada del teólogo calvinista estadounidense Jonathan Edwards (1703-1758), puede leerse, en inglés, en la página web del Jonathan Edwards Center at Yale University. La autora vuelve sobre el tema reivindicando la baqueteada figura de Edwards en un artículo publicado en *Humanities. The Magazine of the National Endowment for the Hu-*

En cierto momento, llegué a la conclusión de que todo lo que aprendía estudiando y leyendo antropología, psicología, economía, historia cultural y demás no encajaba con mi percepción de las cosas y que la tendencia de buena parte de cuanto estudiaba era postular o asumir una simplicidad humana en una realidad de por sí simple y marginar el sentido de lo sagrado, lo bello, de cuanto fuera elevado. No pretendo sugerir, y lo subrayo, que hubiera una especie de confabulación contra la religión, dado que ésta, en muchos casos, alentaba esas tendencias, y sigue haciéndolo, en particular cuando renuncia al cultivo y celebración del aprendizaje y la belleza, cuando rebaja su complejidad, como si las personas fueran menos que lo que Dios hizo de ellas y no necesitaran más que condescendencia. Aquellos entre nosotros que deseamos las canciones que cantamos, los sermones que escuchamos, ¿éramos acaso sólo un poco más simplones? La gente de hoy en día, con la televisión, los videojuegos, desdeña la complejidad. Ése es siempre el pretexto.

Simultáneamente, en una época de supuesto renacimiento religioso, y entre aquellos particularmente propensos a sentir ese avivamiento, tenemos una sociedad cada vez más definida por la economía, una economía que cada vez más me recuerda mi experiencia con aquella rata, denominada economía de la elección racional, que da por supuesto que todos encontraremos el camino más corto hacia la recompensa, y que eso es esencialmente lo que deberíamos plantearnos a nosotros mismos –está en el centro de todo– y unos a otros. Tras todos estos años de elecciones racionales, a la hermana rata podría apetecerle echar un vistazo al envoltorio sólo para ver si no habría un poco de melanina en los alicientes que le ofrecían, con la esperanza, claro, de que el vendedor considerara racional proporcionar ese tipo de información. No nos relacionamos entre nosotros como un alma con otra, y las iglesias son tan responsables de esto como los demás.

Si creemos que hemos realizado este vaciado de contenido por el bien de otras personas, aquellas de quienes sospechamos que Dios puede haberles dado menos luces que a nosotros, somos presuntuosos además de irreverentes. William Tyndale, que fue quemado en la hoguera por su traducción de la Biblia, y que proveyó de gran parte del

manities, de noviembre/diciembre de 2014, oportunamente titulado: «Jonathan Edwards in a New Light: Remembered for Preaching Fire and Brimstone, He Was Actually One of the Great Intellectuals of His Era».

lenguaje más hermoso a lo que denominamos la King James Bible,* escribía, afirmaba, en un lenguaje que podría entender un joven labrador. Escribía para que le comprendieran los más pobres, aquellos que eran, y que habrían vivido, completamente iletrados. Y así creó una de las obras maestras incuestionables del idioma inglés. Ahora parece que creemos que la belleza es una especie de artificio afectado. Y esa idea ha calado en las iglesias tanto como fuera de ellas. La Biblia, el cristianismo, tendrían que habernos inmunizado contra ese tipo de falta de respeto hacia nosotros mismos y hacia los demás. Está claro que no lo ha conseguido.

Para mí, al menos, escribir consiste en gran medida en explorar la intuición. Un personaje es en realidad el sentido de un personaje, encarnado, vestido y al que se ha dado la voz que él o ella parece pedir. ¿De dónde proviene esta criatura? De la observación, supongo. De la interpretación de la importancia emocional en gestos e inflexiones, como hacemos a todas horas. Esos momentos de reconocimiento intuitivo se alzan libres de sus momentos particulares y se recombinan en personas inexistentes que el escritor y, si todo va bien, el lector, creen conocer.

Existe una gran diferencia, en la ficción y en la vida, entre conocer a alguien y conocer algo de alguien. Cuando un escritor conoce detalles de su personaje, está escribiendo para la trama. Cuando conoce a su personaje, escribe para explorar, para sentir la realidad en una serie de nervios que de algún modo no son los suyos. Palabras como «simpatía», «empatía» y «compasión» están muy manidas y saturadas, no existe una palabra para la experiencia de ver un abrazo en una parada de metro o de escuchar una discusión en la mesa contigua en un restaurante. Cada uno de esos instantes tiene su propia coloración emocional que la memoria conserva o realza, de manera que el momento más accidental, más marginal, se convierte en parte de lo que hemos visto del mundo. Entonces, supongo, esos momentos, tal como los hemos visto, conforman una constelación que guarda cierto parecido con un

* La «Biblia del rey Jacobo», King James Bible o *Authorized Versión*, de 1611, considerada el texto anglicano oficial y auspiciada por el relativamente tolerante para los parámetros de la época Jacobo I (el que sobrevivió al fallido Complot de la Pólvora del icónico Guy Fawkes), fue traducida por Tyndale en el denominado inglés moderno temprano, y pese a un estilo arcaizante, su fluidez y belleza han pervivido y se han filtrado en la literatura anglosajona.

espíritu, un poco como una presencia humana con su misterio y singularidad.

Dos preguntas que ciertamente no sabría responder sobre la ficción son: 1, de dónde procede, y 2, por qué la necesitamos. Pero no hay la menor duda de que la creamos y de que también la anhelamos. Hay una tendencia, tenida por muy racional, a razonar desde una reducida serie de intereses, pongamos la supervivencia y la procreación, que se supone que rigen nuestras vidas, y seguidamente a tratar cuanto no se ajusta a ese modelo como una anomalía insustancial, ajena a lo que somos y que seguramente no nos conviene. Hay una tendencia a ajustar una definición, ceñida y tosca como una coraza, sobre la humanidad, y luego intentar amoldar a la criatura viviente para que encaje en ese caparazón muerto. El consejo que doy a mis estudiantes es el mismo que me doy a mí misma: olvidad la definición, olvidad las presuposiciones, observad. Habitamos, formamos parte de, una realidad para la que la explicación resulta demasiado pobre y pequeña. Ningún físico discutiría lo anterior, aunque pueda estar menos dispuesto que yo a recurrir al viejo lenguaje y llamar milagrosa a la realidad. Tal como yo lo veo, la ficción que no lo reconoce, al menos tácitamente, no es verdadera. ¿Por qué es posible hablar de ficción en términos de verdadero o falso? No tengo ni idea. Pero si llega un momento en que parece que no hago la distinción con cierto grado de fiabilidad en mi propia obra, espero que alguien sea tan amable de comunicármelo.

Cuando escribo ficción, supongo que mi pretensión es simular el trabajo integrador de una mente que percibe y reflexiona, que recurre a la cultura, la memoria, la conciencia, las creencias o presuposiciones, las circunstancias, el miedo y el deseo, una mente que da forma al momento de la experiencia y la reacción y luego les da nueva forma a ambas como narración, enfrentando un pensamiento al otro a efectos de afinidad o contraste, evaluando y racionalizando, sintiendo compasión, ofendiéndose. Al fin y al cabo, todo eso sucede simultáneamente. Nada de lo anterior entra en acción por sí solo, y nada es determinante porque existe ese misterio que los científicos cognitivos denominan conciencia de uno mismo, la facultad humana de reflexionar y evaluar los propios pensamientos. Supongo que esa conciencia de uno mismo es lo que la gente solía denominar el alma.

El discurso moderno no se siente muy cómodo con la palabra «alma» y, en mi opinión, la pérdida de esa palabra ha tenido un efecto invalidante, no sólo para la religión sino también para la literatura y el

pensamiento político, así como para cualquier iniciativa humana. En los círculos religiosos contemporáneos se tiende a hablar de las almas, si es que siquiera llegan a mencionarse, en términos de salvadas o perdidas tras haber satisfecho una serie de expectativas divinas o no haberles dado cumplida respuesta, tras haber alcanzado algún descubrimiento esencial o no haber alcanzado ninguno. De manera que el alma, la obra maestra de la creación, se ve más o menos reducida a una prueba que indica la aceptación o el rechazo cósmico, que tiene poco que ver con ese milagro, la experiencia sentida de la vida, salvo en tanto ésta ofrece distracciones y tentaciones.

Habiendo leído hace poco que había más neuronas en el cerebro humano que estrellas en la Vía Láctea, y habiendo leído incontables veces que el cerebro humano es el objeto más complejo del que se tiene noticia en el universo, que la mente no es idéntica al cerebro, sino más misteriosa todavía, me parece que este asombroso nexo del yo, tan excepcionalmente elegante y capaz, merece un nombre que indique una diferencia de clase en el sentido ontológico, y, para mis fines, «alma» vendría pintiparado. Tal vez debería detenerme aquí y aclarar el sentido que le doy, teniendo en cuenta que hay quienes creen que lo espiritual se ve menguado o negado cuando se lo asocia a lo físico. No me cuento entre ellos. En su Epístola a los Romanos, Pablo dice: «Desde la creación del mundo, las cualidades invisibles de Dios, es decir su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó». Si pensamos en los cielos, ¿cuánto más no hemos de pensar en las portentosas energías de la conciencia que hacen a quienquiera que nos crucemos por la calle una maravilla mucho más grandiosa que nuestra galaxia? En este punto de convergencia dinámica, llámesele yo o llámesele alma, se plantean las cuestiones del bien y el mal, se siente amor, se sufre la pérdida y la culpa. Y, con el tiempo, se da la formación definitiva de ese misterio, en lo bueno y en lo malo, regida en gran medida por esa inexplicable capacidad de conciencia de uno mismo.

El lugar del misterio humano es la percepción de este mundo. De él procede todo pensamiento, todo arte. Me gusta la metáfora de Calvino: la naturaleza es un vestido brillante en el que Dios se revela y se oculta. Tal como percibimos, interpretamos, y hacemos hipótesis. Algo está pasando, tiene ciertas cualidades o sentido que generalmente creemos entender, al menos provisionalmente, aunque la experiencia es casi siempre susceptible de reinterpretaciones basadas en experiencias posteriores

o en la reflexión. Ahí se genera el acto de pensar en la elección moral y ética. La conducta procede de todo eso, y es interesante, en mi opinión, en la medida en que puede entenderse que procede de ahí.

Ahora nos vemos incomodados por controversias tediosas y estériles. Con mucha frecuencia, tal vez ya como costumbre, el aspecto más importante de una controversia no es el ámbito de desacuerdo en sí, sino la consolidación del acuerdo, la atribución tácita a todas las partes de asunciones que no deben atribuirse a ninguna de ellas. El tratamiento de lo físico como una categoría distinguible y antitética de lo espiritual es un ejemplo. Tenemos una noción profundamente arraigada de que lo material existe en oposición a lo espiritual, que excluye o repele o se impone a lo sagrado como idea. Esta dicotomía se remonta, al menos, al dualismo de los maniqueos, quienes creían que el mundo físico era creación de un dios malvado que estaba en conflicto perpetuo con un dios bondadoso, y a enseñanzas emparentadas en el cristianismo que animaban a la mortificación de la carne, la renuncia al mundo y demás.

Desde al menos hace tanto tiempo como ha habido ciencia en Occidente, ha existido una importante corriente en el pensamiento científico que asumía que lo físico y material excluyen a lo espiritual. Todavía entre nosotros, con más fuerza que nunca, la asunción de que si algo puede «explicarse», asociado con un proceso físico, es que ha sido excluido de la categoría de lo espiritual. Pero lo «físico» en este sentido no es más que una finísima porción del ser, seleccionada, para nuestros fines, de la totalidad del ser por el hecho de que la percibimos como algo sólido, sustancial. Todos sabemos que si tuviéramos el tamaño de átomos, las sillas y las mesas parecerían a nuestros ojos unas vaporosas nubes de energía. A mí me parece verdaderamente asombroso que el mundo «físico», arbitrariamente seleccionado, que habitamos sea coherente y se ajuste a leyes. Un vocabulario más antiguo nos ofrecería la palabra «milagroso». Sabiendo lo que sabemos ahora, una generación anterior podría ver la mano de la divina providencia en el hecho de que exista un mundo lo bastante coherente para que lo experimentemos como una totalidad completa, y como base sobre la que poner a prueba todas nuestras concepciones de la realidad. Una era verdaderamente teológica vería en esto el propósito de la divina Providencia de crear una morada humana en el interior del clamor estruendoso del cosmos.

Pero casi todo el mundo, desde hace ya generaciones a estas alturas, ha insistido en que existe una marcada distinción entre lo físico y lo espi-

ritual. Así que hemos tenido teologías que han llegado a proponer un «Dios de los vacíos», como si Dios no se manifestase en la creación, como tanto subraya la Biblia, sino que en realidad sobreviviera en esos lugares oscuros, esas cajas negras, donde no ha brillado todavía la luz de la ciencia. Y tenemos ateísmos y agnosticismos que sostienen exactamente el mismo argumento, con la salvedad de dar por sentado que, tarde o temprano, la luz de la ciencia sin duda disipará la última sombra en la que se pensaba que lo sagrado podría demorarse. Se dice que la experiencia religiosa va asociada a la actividad de una zona concreta del cerebro. Por alguna razón, se supone que eso implica que es ilusoria. Pero todo pensamiento y experiencia puede ubicarse en alguna parte del cerebro, ese cerebro más colmado que el cielo estrellado que Dios le mostró a Abraham, y no tenemos por costumbre suponer que todo sea ilusorio aduciendo esa razón. Nada puede justificar ese argumento, que muchas personas religiosas se toman tan en serio como un ateo, con la salvedad de la idea de que lo físico y lo espiritual no pueden congeniar, que no pueden formar parte de la misma entidad. Vivimos en una época en que mucha gente religiosa se siente gravemente amenazada por la ciencia. Oh, vosotros, hombres de poca fe. Harían bien en suscribirse a *Scientific American* durante un año y luego ya me dirían si su percepción de la grandeza de Dios no se ha incrementado drásticamente por lo que han aprendido de la revista. Por descontado, muchos de los artículos reflejan el supuesto que se encuentra en la raíz de numerosos problemas, el de que una explicación, por provisional que sea, de alguna estructura del cosmos o de alguna transacción del sistema nervioso reclama, con éxito, esa parte de la realidad para el secularismo. Aquellos que alimentan el temor a la ciencia están de hecho diciendo lo mismo. Si se deja a un lado el viejo e insostenible dualismo, se nos muestra el infinito resplandor de la creación. Sin duda, poder hacer algo así es un privilegio de la vida moderna por el que todos deberíamos estar agradecidos.

Durante años me han interesado la literatura y la religión antiguas. Si no son lo mismo, ciertamente ninguna de ellas es imaginable por separado sin la otra. De hecho, literatura y religión parecen haber nacido juntas, si en literatura se me permite incluir la pre-literatura, narración cuyo propósito es relacionar la vida humana, la causalidad y el sentido, para hacer que cada uno de ellos sea en cierta medida inteligible en términos de los otros dos. Se me enseñó, más o menos, que nosotros, los modernos, habíamos descubierto otras religiones con narraciones que se parecían a la nuestra, y que ese descubrimiento había

rebajado todas las religiones al nivel de la antropología. Los dioses celestiales y los terrenales reinaban en la supervivencia y la procreación. La humanidad empujaba una palanca con la esperanza de una periódica recompensa en forma de lluvia o de victoria en la siguiente escaramuza tribal. A partir de una comprensión muy simple de lo que ha sido la religión podemos hacer una extrapolación a lo que ésta es ahora e intrínsecamente, o eso afirma la teoría. Esa pauta, la de partir de una supuesta simplicidad para llegar a un grado de elaboración que no acaba de perder su carácter primario de simplicidad, es recurrente en el pensamiento moderno.

Creo que buena parte del pensamiento religioso también se ha visto intimidado por ese supuesto descubrimiento, lo que resulta extraño, dado que ciertamente no era nada nuevo para Pablo, Agustín o Tomás de Aquino, ni para Calvino. Todos ellos citan a los paganos con admiración. Tal vez sólo en Europa hubo una forma de religión tan dominante que la existencia de otras formas pudiera constituir un problema. Una influyente tendencia moderna ha tendido a convertir en una masa líquida indiferenciada todas las narraciones religiosas, afirmando haber descubierto universales entre ellas donde éstos de hecho no existen. Mircea Eliade es un ejemplo destacado. Y no hay que olvidar a Joseph Campbell. Mi crítica principal de este tipo de estudio es que no se sostiene en pie ante el mínimo análisis. Una crítica secundaria que planteo es que elimina toda prueba de que la religión haya expresado o estimulado el pensamiento, en ninguna parte y de ninguna manera. En cualquier caso, el sesgo antropológico entre esos autores, que podría parecer exento de todo provincianismo, es en realidad absolutamente occidental en tanto considera a todas las religiones como seres humanos manifestando su naturaleza y nada más, aunque admito que esta visión del mundo se presenta con una transparencia a la que no pretenderé hacer justicia aquí.

Ésta es la respuesta de los antropólogos a la pregunta de por qué la gente, casi siempre, casi en todas partes, es religiosa. Otra respuesta, preferida por quienes se reclaman defensores de la ciencia, es que la religión se formó alrededor del deseo de explicar aquello que la humanidad precientífica no estaba en condiciones de explicar. Una vez más, esta noción no se sostiene. Las literaturas de la antigüedad tratan claramente de otros asuntos.

Algunas de estas narraciones son tan antiguas que es evidente que existieron antes de la escritura, aunque sin duda, en la forma que nos

han llegado, fueron modificadas al ponerse por escrito. Su importancia en el desarrollo de la cultura humana no puede exagerarse. En la antigüedad, la gente vivía en complejas ciudades-Estado, llevaban a cabo el trabajo y la planificación que requería la agricultura primitiva, construía barcos y navegaba largas distancias, comerciaba, redactaba leyes, libraba guerras y mantenía el registro de sus dinastías. Pero lo que parece haber dominado todo lo demás, haber planificado y llenado de templos y monumentos sus ciudades, haber establecido sus identidades y sus límites culturales, haber gobernado sus calendarios y entronizado a sus reyes, eran los vívidos y atemporales relatos que se contaban entre ellos sobre los dioses, los dioses en su relación con la humanidad, con su ciudad, con ellos mismos.

Supongo que fue en el siglo XVIII de nuestra era cuando se fijó sólidamente en la mente occidental la noción de que esta narración era una tentativa de explicar lo que la ciencia explicaría algún día de una forma definitiva y verdadera. Febo conduce su carro a través del cielo y así el sol sale y se pone. Marduk mata al monstruo marino Tiamat, que llora y de sus lágrimas nacen el Tigris y el Éufrates. Cierto es que en algunos casos, la realidad física se explica, o al menos se describe, en los términos de esos mitos. Pero esa teoría no da cuenta de la belleza de los mitos, como tampoco explica que, en sus formas literarias, arraigara hasta tal punto en las imaginaciones de las poblaciones que las adoptaron y que se expresaría de nuevo como forma de belleza. Con el tiempo, estas narraciones tuvieron un efecto al menos tan profundo sobre la arquitectura y las artes visuales como lo habían tenido en la literatura. Anécdotas de esas historias se pintaron y esculpieron por todas partes, incluso en los artículos domésticos, jarras y copas.

Esta especie de relación imaginativa no guarda la menor semejanza con una asimilación de modelos explicativos por parte de estas civilizaciones. Tal vez, la tendencia a pensar la religión clásica como un esfuerzo de explicar un mundo que, de otro modo, resultaría incomprendible para ellos nos anima a olvidar lo complejos que eran en realidad los pueblos antiguos. Estaban, inevitablemente, tan inmersos en la esfera de lo práctico como nosotros. Resulta muy fácil olvidar que eran capaces de realizar complicadas obras de ingeniería, pese a los muchos monumentos que todavía permanecen en pie. Los babilonios utilizaban ecuaciones de segundo grado.

Pero en muchos casos, los pueblos antiguos parecen haberse empeñado en ocultar explicaciones muy accesibles del mundo real. Un es-

cultor hacía juramento de que los dioses habían esculpido un ídolo que acababa de salir de sus propias manos. Se atribuían a los dioses murallas y zigurats, que habían construido las propias ciudades. Estructuras levantadas con enormes rocas talladas se alzaban a plena luz del día en las ciudades antiguas, los muros que construyó Herodes alrededor del Templo en la Jerusalén ocupada por los romanos es sólo un ejemplo. Es obvio que los antiguos sabían cómo se hacía, pero nosotros, no. Sin embargo, no dejaron ninguna explicación. Esa notable superación de la ley de la gravedad parecía no interesarles demasiado. Fueron los dioses en persona quienes amurallaron Troya.

En la *Eneida* de Virgilio, en la que el poeta de hecho interpreta la antigua tradición épica griega intentando renovarla en lengua latina y para fines romanos, hay un momento especialmente famoso. El héroe, Eneas, un troyano que ha conseguido huir de la destrucción de su ciudad, ve una pintura en Cartago de la guerra de Troya, y la imagen y lo que evoca, le conmueve profundamente, las *lacrimae rerum*, las lágrimas de las cosas.* Ese momento sin duda se refiere al lugar en la civilización clásica del arte que reflexionaba e interpretaba las narraciones homéricas, que eran la base de la religión griega y romana. Lo que quiero señalar aquí es simplemente que el mito pagano, que la Biblia de diversos modos reconoce como análogo a la narración bíblica pese a sus serios defectos, no es una ingenua tentativa científica.

Cierto es que casi un milenio separaba a Homero de Virgilio. Y también lo es que durante esos siglos, la civilización clásica había explorado e interpretado sus mitos continuamente. Esquilo, Sófocles y Eurípides seguramente habrían coincidido con el Eneas de Virgilio en que los relatos épicos y las narraciones que les envolvían y manaban de ellos tratan ciertamente de las *lacrimae rerum*, de una inmensa pena que impregna la vida humana. La babilonia *Epopéya de Gilgamesh* trata de la inevitabilidad de la muerte y la pérdida. No es ése el tipo de lenguaje, ni tampoco el tipo de preocupaciones, que uno encontraría

* *Sunt lacrimae rerum, et mentem mortalia tangunt* (Eneas, I, 462) el primer hemistiquio del verso sigue siendo objeto de discusión, con una amplia literatura dedicada al tema: ¿lágrimas de las cosas (que lloran) o de las cosas (por las que llorar)? El primer genitivo, subjetivo; el segundo, objetivo. La versión de la autora no aclara del todo la ambigüedad pero parece inclinarse por la primera, las cosas que lloran: Eneas «*is deeply moved... by what it evokes, the lacrimae rerum, the tears in things*».

en una tradición narrativa que tuviera algún interés por explicar por qué los leopardos tienen manchas.

La idea de que la religión es intrínsecamente una burda estrategia explicativa que debería ser descartada y sustituida por la ciencia se basa en una lectura muy selectiva o sesgada de la literatura religiosa. En algunos casos es sin duda acertado concluir que, de hecho, no se basa en ninguna lectura de ella en absoluto. Como sea, el efecto de esa idea, asumida de manera generalizada y en términos vagos, como cierta, es reforzar de nuevo la noción de que la ciencia y la religión están luchando por un único territorio, y que la ciencia ocupa el lugar privilegiado y es la que elige las armas. En realidad, no hay momento en el que –ni perspectiva desde la cual– la ciencia como tal pueda contemplar la vida humana y decir que hay en ella un misterio terrible y hermoso, un gran *pathos*. Son el arte, la música y la religión los que nos lo dicen. Y lo que nos dicen es verdad, no al modo de un magisterio que sea legítimo en tanto no se solape con la república autónoma de la ciencia. Es verdad porque explica la variable universal, la naturaleza humana, que da forma a cuanto toca, a la ciencia también, con la misma probabilidad y profundidad que a todo lo demás. Y es verdad al estilo paradójico, provisional, sugerente y ambiguo del testimonio de cien mil testigos que podrían, en conjunto, coincidir o no en más que el sentimiento compartido de que algo de gran importancia ha sucedido, está sucediendo y sucederá, aquí, entre nosotros.

Me apresuro a añadir que la ciencia es un gran contribuyente a lo que la existencia humana tiene de hermoso y también de terrible. Por ejemplo, me siento inmensamente agradecida de haber vivido en la era de la exploración cósmica. Me emocionan esas fotografías del espacio profundo, como a muchos de nosotros. Con todo, si es verdad, como se afirma ahora, que las bacterias regresan del espacio mucho más virulentas que cuando entraron en él, no resulta difícil imaginar que alguna consecuencia lamentable podría seguirse después de enviar a personas a trastear por ahí arriba. Un artículo apuntaba que un ser humano está lleno de bacterias, y no hay nada que hacerle.

La ciencia puede registrar con sumo cuidado y precisión cómo emergió una nueva patología a través de este impacto completamente imprevisto del espacio en nuestra biosfera, pero tal vez no podría, científicamente, encuadrar el hecho y su origen en un marco de sentido mayor. Los científicos podrían mencionar la ley de las consecuencias imprevistas, pero en voz baja porque sonaría un tanto frívolo dadas las

circunstancias. Pero la religión reconocería en eso lo que la religión siempre ha sabido, que hay un misterio en la naturaleza humana y en las pretensiones humanas de genialidad y en sus propósitos, una reacción de retroceso que los griegos habrían llamado ironía y atribuido a un capricho airado de los dioses, que debería interpretarse como un reproche al orgullo humano, si es que siquiera pudiera interpretarse. La teología cristiana ha hablado de las limitaciones humanas, de su tendencia a la falibilidad, de una desastrosa inclinación individual y colectiva al error. Creo que todos sabemos que la tierra podría estar llegando al límite de su tolerancia a causa de nuestra arrogancia. Todos sabemos que en cualquier momento podríamos sentir el golpe de las consecuencias imprevistas, agravadas infinitas veces. La ciencia carece de lenguaje para el hecho de que podría verse desbordada, y por momentos se muestra más incapaz ante sus propios efectos.

Por descontado, no debe juzgarse a la ciencia por las cualidades que algunos de sus partidarios le han atribuido. En realidad, no es un criterio de razonabilidad, de verdad ni de objetividad. Es humana, y siempre ha sido una estrategia, entre otras, en el proyecto humano más amplio de adquirir conciencia de sí y seguridad. Nuestro problema con nosotros mismos, un problema mucho más amplio y mucho más antiguo que la ciencia, en ningún sentido ha quedado aplazado desde que aprendimos a fabricar penicilina o a dividir el átomo. Si los antibióticos se han utilizado sin el suficiente cuidado y han llevado la evolución de las bacterias fuera del alcance de su propia eficacia médica, si la fisión nuclear se ha convertido en una amenaza para todos nosotros encarnada en la siniestra figura de un desconocido contrariado con un maletín, vapuleando cualquier ilusión de seguridad que albergáramos bajo elegantes nombres como Iniciativa de Defensa Estratégica, el viejo Homero diría: «la voluntad de Zeus cumpliase», y Shakespeare: «Hay un destino que da forma a nuestros fines, sin que importe nuestro torpe designio».

La tendencia de las escuelas de pensamiento que se han reconocido más impresionadas por la ciencia ha sido negar la legitimidad del tipo de afirmación que ésta no puede hacer, del tipo de exploración que no puede llevar a cabo. Y pese a todo, la propia ciencia ha sido conformada en gran medida por ese sesgo mayor hacia la ironía, hacia el error, que ha sido el tema del pensamiento religioso desde la emergencia de los relatos en el Génesis que nos cuentan que se nos dio un mundo de gran belleza y que, de alguna forma, somos, a causa de nuestra pro-

pia naturaleza, cómplices de su decadencia y ruina. La ciencia no sabe pensar analógicamente, aunque este tipo de pensamiento es muy útil para extraer sentido y significado del tumulto de los asuntos humanos.

Nos hemos dado muchas lecciones sobre los peligros de tener razón a medias, pero dudo que hayamos aprendido nada. Sófocles podría decirnos algo al respecto, o el Libro de Job. Todos hemos oído hablar de la *hibris*. Todos sabemos que la soberbia precede a la caída. El problema radica en que no reconocemos la *hibris* ni la soberbia en nosotros mismos, no más que Edipo, no más que los denominados consoladores de Job. Puede tratarse de algo tan aparentemente inofensivo como la confianza en que uno tiene razón, es competente, es perspicaz, o en que a uno lo mueven motivos puros y piadosos. Como dijeron los discípulos: «En ese caso, ¿quién podrá salvarse?», a lo que Jesús respondió: «Para los hombres es imposible, mas para Dios todo es posible», refiriéndose en este fragmento a la salvación del rico piadoso. Una de sus enseñanzas repetidas es que los acomodados, los confiados y los beatos tienen una necesidad especial de la intervención de la gracia. Tal vez sea así porque ellos son más vulnerables al error, como el joven rico que toma la asombrosa decisión de dar la espalda a la invitación de Jesús de que le siga, y por tanto a la salvación que buscaba, aunque la historia tiene otro giro, y nos enteraremos de que Jesús no lo condenará. Sospecho que podríamos imaginarnos a Jesús sonriendo ante la ironía del joven que acaba de hundirse a sí mismo, error del que él, dado que es Jesús, también está dispuesto a rescatarle en última instancia. El relato cristiano nos dice que nosotros, individualmente, y como mundo, damos la espalda a lo que es verdadero, esencial, lo plenamente deseable. Y nos cuenta que podemos saberlo de nosotros y también perdonárnoslo, a nosotros y entre nosotros, dentro de los límites de nuestras facultades mortales. Reconocer nuestra inclinación al error debería enseñarnos a ser humildes y reflexivos, y perdonarla debería ayudarnos a evitar la inhumanidad de creer que no somos tan falibles como aquellos que, en cualquier caso, parecen más equivocados. La ciencia puede darnos conocimiento, pero no sabiduría. Tampoco la religión, hasta que deje a un lado los desatinos y distracciones y vuelva ser ella misma.